

“LA FAMILIA CUBANA ANTE LA CRISIS DE LOS 90”.

Mareelén Díaz Tenorio.

INTRODUCCION:

Hasta la década del setenta, no existía en Cuba una producción científica amplia que aportara nuevos conocimientos sobre la vida familiar. Sin embargo, sobre todo en la segunda mitad de los ochenta y durante la década de los noventa fue intensa la investigación sobre el tema y proliferó una gran diversidad de estudios sobre la familia cubana que permiten el análisis de la evolución de este grupo humano en los últimos años. Es posible también aventurar predicciones para el futuro más inmediato.

El objetivo central de este trabajo es ofrecer una caracterización de la familia cubana a partir de los resultados de investigación realizados por el Departamento de Estudios sobre Familia del CIPS en los últimos años, destacando las particularidades que impusieron los años noventa al funcionamiento familiar y los retos que la sociedad debe enfrentar para el fortalecimiento de un grupo social tan importante como la familia.

DEL PASADO RECIENTE: HACIA 1989

A partir de 1953 tuvo lugar una importante disminución del tamaño medio de los núcleos familiares, indicador que de 4,9 personas en ese año se redujo a 4,1 en 1981 como promedio nacional. En esta última fecha los núcleos integrados entre dos y cuatro personas constituían ya el 54,8% del total.

En los años ochenta se redujo el ritmo de incremento de los núcleos familiares; sin embargo, éste se mantuvo muy por encima (2,2%) al de la tasa de crecimiento de la población total (1,1%). En ese período disminuyeron las diferencias urbano - rurales en lo que respecta al tamaño de los núcleos; ello se vincula con el mayor desarrollo de la construcción de viviendas y el más importante descenso de la fecundidad en las áreas rurales con relación a las urbanas.

En 1981 las familias nucleares constituían el 53,7% del total de núcleos particulares y las familias extendidas representaban sólo el 32,5% de aquéllos, pero la importancia de estas últimas radicaba en el volumen de población que concentraban: el 41,9% del monto demográfico nacional.

A pesar de la mayor proporción de familias nucleares y de la hipótesis acerca de la presumible tendencia a la nuclearización, los especialistas alertaron, desde entonces, acerca del probable incremento futuro, tanto en cifras absolutas como relativas, de las familias extendidas, debido a la insuficiente construcción de viviendas.

Otro fenómeno de interés que también tuvo lugar durante estos años fue el aumento de las tasas de jefatura femenina: en 1953 las mujeres sólo representaban el 14% del total de jefes de hogar, pero en 1981 constituían el 28% (CEE, 1981).

A partir de 1970, cuando la tasa bruta de nupcialidad fue de 13,5 matrimonios por cada mil habitantes, ocurrió un cierto descenso de la tasa, hasta estabilizarse en los años 80 en valores entre 7 y 8 matrimonios por cada mil habitantes, aproximadamente (CIPS-CEDEM, 1989).

Ello ocurrió en el contexto de un incremento de las uniones consensuales, fenómeno que según la información censal y estadística disponible, se concentró “entre la población joven menor de 30 años, de la región oriental preferentemente, entre las mujeres mulatas y mestizas, de bajo nivel escolar, residentes en zonas rurales y fundamentalmente inactivas”. No obstante, no es éste el único tipo de unión consensual presente en la isla. En 1970 se reportaron 58,4 mujeres de 15 a 49 años

unidas por cada 100 casadas; en 1981 esa cifra ascendió a 60.0 y en 1987, a 81.7 (Díaz, M. 1994). A pesar de estos incrementos en la consensualidad, el matrimonio fue - y es actualmente- la alternativa más frecuente para formar familias en Cuba.

Por otra parte, el promedio de edad a la primera unión disminuyó a 18,4 años a finales de la década de los ochenta. Este rejuvenecimiento de la nupcialidad se acompañó de la elevación de la tasa de divorcialidad: en 1980 se produjeron 2,5 divorcios por cada mil habitantes, y en 1989 se cerró la década con 3,6 divorcios por cada mil habitantes, la cifra más alta de nuestra historia hasta aquel momento.

En 1987, más del 50% de los jóvenes que se divorciaron lo hicieron en los dos primeros años de matrimonio (CEE, 1991). Las investigaciones realizadas (CIPS-CEDEM, 1989) apuntan razones por las cuales los jóvenes van al matrimonio aún cuando no están preparados para enfrentar la relación de pareja y la vida familiar. Se habla en este sentido de una concepción idealista del matrimonio que se manifiesta en la subvaloración de las dificultades actuales de la pareja, la idealización de las posibilidades futuras de su solución en el matrimonio, y la ausencia de un modelo de adecuada comunicación, con exageradas expectativas en cuanto a las potencialidades del futuro cónyuge.

Las causas de los altos índices de divorcio siguen constituyendo un tema abordado de modo insuficiente, pero se han identificado factores que los potencian, como son: (Puñales, A.. 1993).

- Cambios en la posición social de la mujer a partir de 1959
 - Elevación de su nivel cultural
 - Mayor participación en el empleo, que le da independencia económica
 - Mayor aceptación social de la condición de divorciada.

Unido a ello, existe un mayor apoyo estatal en el mantenimiento y educación de los hijos, o sea, que la mujer no queda desprotegida ni tampoco sus hijos al producirse el divorcio.

- Ingreso cada vez más joven al matrimonio.
- Ausencia de preparación de los individuos para asumir el matrimonio y la relación de pareja.
- Aparición temprana de conflictos que obedecen a modos inadecuados de interacción, y que no se superan debido a la ausencia de una posición activa y constructiva para su solución.
- Ausencia de comunidad valorativa entre los cónyuges en cuanto a para qué se casaron.
- Expectativas no coincidentes respecto al matrimonio y los roles del hombre y la mujer dentro del mismo.
- Imposibilidad de lograr un crecimiento individual dentro del matrimonio sin que ello afecte la relación de pareja.
- Modelo parental caracterizado por relaciones desastrosas, o estables, pero infelices.
- Presencia de condiciones materiales de vida desfavorables y conflictos generados por la convivencia con otros familiares.

A partir de 1978 y durante toda la década de los ochenta, la fecundidad cubana mostró una tasa bruta de reproducción por debajo del simple reemplazo de las generaciones (0.95 hijas por mujer en 1978). Desde 1975 y hasta 1983 la fecundidad fue predominantemente temprana, ya que las madres entre 15 y 19 años ocuparon el segundo lugar en cuanto al volumen de nacimientos. Posteriormente, y hasta hoy, el comportamiento de la fecundidad por edades muestra que el grupo de 20 a 24 años aporta el mayor número de nacimientos, seguido por las mujeres de 25 a 29 años, y en

tercer lugar se encuentra el grupo de madres menores de 20 años. En síntesis, la tendencia es tener pocos hijos y concluir la etapa reproductiva hacia los 30 o 35 años, a lo sumo; entre 1985 y 1990 las mujeres menores de 30 años contribuyeron en un 80% a la fecundidad total (CEJ, 1999).

La fecundidad cubana durante los años ochenta, además de la disminución de sus niveles, mostró una notable homogeneización social, educacional y territorial. La combinación de distintos factores de orden económico, social y cultural, dieron por resultado uno de los valores más bajos y más homogéneos internacionalmente. (CEDEM, y otros. 1995).

Resulta interesante mencionar el comportamiento de otros indicadores demográficos no esperables para un país perteneciente al Tercer Mundo, como Cuba: la tasa de mortalidad infantil bajó (de 19,6 en 1980 a 11,1 en 1989) y la esperanza de vida al nacer aumentó, en 1988-1989, fue de 74,75 años para ambos sexos (ONE,1999).

Entre enero y junio de 1989 se llevó a cabo una investigación sobre familias nucleares, mediante una muestra representativa a nivel nacional, correspondiente a los dos componentes principales de la estructura socioclasista cubana: la clase obrera y la capa de trabajadores intelectuales. Se entrevistó a familias urbanas, completas, con hijos adolescentes y jóvenes. (Reca, I y otros, 1996). Entre los resultados de esta investigación se constataron mejores condiciones de vida (ingreso familiar per cápita, vivienda, densidad habitacional, equipamiento y nivel escolar de la pareja) en las familias de trabajadores intelectuales que en las de obreros. Estas condiciones constituyen premisas superiores para un mejor funcionamiento familiar.

Como elemento facilitador del funcionamiento familiar, se halló la incorporación de la mujer al trabajo; ello propicia una mejor distribución de las tareas domésticas en el hogar, y también la presencia de temas de conversación más amplios y diversos con los hijos.

Sobre el desempeño de los roles de padre y madre, se evidenció que al igual que en el ejercicio de la función económica, la mujer tiene el papel más importante en las actividades y relaciones encaminadas a la educación de sus hijos: las madres hablan más frecuentemente con sus hijos que los padres, ejercen más control y regulación sobre la conducta de los hijos, y expresan con mayor periodicidad sentimientos y vivencias experimentadas en las relaciones interpersonales. Estos elementos positivos en sí mismos, traen como complemento un rol de padre poco activo que delega en su compañera parte de su responsabilidad.

Se observó un bajo nivel de distribución del trabajo doméstico (tradicional), lo cual se manifiesta con independencia del vínculo laboral y escolaridad de la mujer, de las diferencias clasistas y del tipo de familia, nuclear o extendida. Esta distribución tradicional con sobrecarga para la mujer y poca participación del hombre y de los hijos, sobre todo los varones, promueve la transmisión de un modelo sexista y debilita la transmisión del valor relativo a la igualdad de la mujer.

Se detectaron déficits en la formación cultural expresadas en la baja frecuencia de conversación entre padres e hijos sobre temas culturales. En el tiempo libre se realizan fundamentalmente actividades pasivas como ver T.V., oír radio, visitar familiares y amigos. En menor medida se realizan actividades que posibiliten una participación y comunicación familiar.

La familia mostró atención y preocupación por las cuestiones relativas a los estudios de sus hijos (asistencia y rendimiento). El tema más frecuente de conversación entre los miembros de la pareja y entre ambos padres con los hijos versa sobre los problemas en la escuela y los estudios futuros.

En la mencionada investigación fue factible identificar otros elementos no favorables para el adecuado funcionamiento familiar como una mayor presencia en la comunicación familiar de contenidos destinados a organizar, regular y controlar las actividades cotidianas en comparación con la expresión de la afectividad. Esto se

relaciona con la hipertrofia de la función económica de la familia, agravado por la deficiente calidad de los servicios.

El sistema de sanciones utilizado es fundamentalmente persuasivo pero no se diferencia según las edades de los hijos. Por otra parte, cuando se sanciona a través de agresiones físicas y verbales, se hace en mayor medida a los varones que a las hembras. A los varones se les prepara menos para satisfacer sus necesidades cotidianas y se conversa menos con ellos.

Se constató también la poca conciencia en las familias y en la propia mujer de su situación de desigualdad en el cumplimiento de la función económica y sus efectos en otras funciones.

Entre los aspectos positivos identificados por la investigación (Col. de Autores, 1989) se encuentran el inicio de la vida sexual entre jóvenes de edad semejante, a diferencia de la tradicional iniciación del joven con una mujer “profesional” que marcaba la disociación entre amor y sexualidad; la aceptación de las relaciones sexuales como parte del vínculo amoroso; la prevalencia de actitudes preferentemente positivas hacia la igualdad de derechos en las relaciones entre los sexos; la disponibilidad para toda la población de medios de planificación familiar que posibilitan cada vez más la tenencia de los hijos sólo realmente deseados; la protección legal, social y económica a los hijos, sean nacidos dentro o fuera del matrimonio; la eliminación de ocupaciones tradicionalmente destinadas a la mujer (prostitutas, meseras, trabajadoras domésticas); el aumento del flujo de ideas, el intercambio, la libertad de expresión, la toma de decisiones en el ámbito familiar; la reconceptualización y revalorización de fenómenos como el divorcio, la virginidad, las uniones consensuales y la maternidad soltera; y el mayor respeto a la individualidad y autonomía de los restantes miembros del grupo familiar.

Al mismo tiempo, se observaron dificultades para poner límites y adoptar normas de conducta en el hogar, menor respeto a la figura adulta, fundamentalmente al padre y a

la madre como representantes de la autoridad; enfrentamientos intergeneracionales desde etapas tempranas, matizados por el sexo; modificación y pérdida de tradiciones familiares; resquebrajamiento de valores relacionados con la educación formal y las normas de convivencia, entre otras.

En la formación de familias y parejas jóvenes fueron identificadas como tendencias socialmente no deseadas: la presencia de maternidad soltera concentrada en jóvenes desvinculadas del estudio y del trabajo, y por lo general con inadecuadas condiciones de vida; altos índices de aborto; elevadas tasas de divorcialidad; niveles de fecundidad que no garantizan el reemplazo generacional; convivencia en familias extendidas por limitado acceso a la vivienda; y dificultades en la preparación para la relación de pareja y la vida familiar.

Como se puede apreciar, finalizando la década de los 80, fue posible contar con una caracterización del funcionamiento familiar a partir de estudios extensivos y estudios de profundización. Si pudieran sintetizarse los resultados más importantes de estos estudios, no se podrían dejar de mencionar elementos como los siguientes:

- A pesar de algunas diferenciaciones en cuanto a condiciones de vida objetivas y subjetivas, como premisas para el funcionamiento familiar, la familia cubana en general disponía en mayor grado de una homogeneidad social y una base aceptable y favorable para el despliegue de sus funciones.
- La evolución de la familia cubana mostraba avances hacia una democratización de las relaciones intrafamiliares y un conjunto de aspectos positivos favorecedores del cumplimiento de sus roles sociales. Al mismo tiempo, a nivel social, estaban identificados ciertos déficits y carencias, así como tendencias socialmente no deseadas hacia las cuales comenzaba a dirigirse con fuerza la orientación social a la familia y la práctica social.
- Aunque no existía una política social especialmente dirigida a la familia, ésta se vio beneficiada por los efectos del resto de las políticas sociales dirigidas a otros sectores

poblacionales como los niños, los jóvenes y las mujeres. Desde el Estado protector centralizadamente, y a través de la preservación de la homogeneidad social, se ofreció apoyo a la familia desde un “deber ser” marcadamente social en un macronivel.

Estos tres elementos, en apretada síntesis, caracterizan el arribo de la familia a los noventa, momento en el que la isla comenzó a atravesar por una fuerte crisis socioeconómica.

LOS NOVENTA:

A partir de 1989 se opera un cambio brusco en la situación económica del país originado por el derrumbe de la experiencia socialista de Europa Oriental, y con él del conjunto de apoyos externos que Cuba recibía, y la persistencia del bloqueo por parte del Gobierno de los Estados Unidos. Esta confluencia de factores provocó una drástica caída del Producto Interno Bruto desde una media de 8500 millones de dólares estadounidenses durante la década del 80 a 1265 millones en 1993. El ingreso por habitante cayó del tercer lugar de la región de América Latina (después de Chile y Colombia) al lugar veintitrés.

El estado adoptó medidas de forma inmediata con el objetivo de preservar, hasta donde fuera posible, las conquistas sociales alcanzadas y distribuir los efectos de la crisis entre todos los sectores de la sociedad cubana. No obstante fue imposible evitar que se abrieran brechas en cuanto a desigualdades sociales.

En la década de los 80, los especialistas alertaban sobre la necesidad de distinguir tipos de familias en Cuba en dependencia de elementos como: estructura y composición familiar, etapa del ciclo vital por el que atraviesa la familia, grado de desarrollo socioeconómico del territorio donde se encuentre y la inserción socioclasista de los miembros adultos de la familia.

En los 90, a estos elementos diferenciadores se agregan otros como el sector de la economía al que se encuentre vinculada la familia, así como el tipo de propiedad. Estas diferencias, que apuntan al nivel de los ingresos de la familia, constituyen la base para el ejercicio de las funciones familiares. Así los miembros adultos pueden estar vinculados al sector estatal tradicional, al sector estatal emergente, al sector vinculado a la inversión extranjera o empresas mixtas y al sector del cuentapropismo asociado a la pequeña propiedad.

Otros elementos diferenciadores se asocian a las remesas que pueden recibir las familias por parte de sus parientes en el exterior. De este modo, la década se fue caracterizando por la heterogeneidad y la complejidad. El nivel de los ingresos familiares no depende necesariamente de los esfuerzos laborales de los miembros adultos de la familia.

Las dificultades generadas por la crisis económica se manifiestan en disímiles áreas provocando cambios muy bruscos para los que la familia no estaba preparada. No solo se agudizaron las dificultades detectadas en la década anterior, sino que aparecen fenómenos nuevos que la sociedad cubana había desterrado como la prostitución y las drogas o el impacto de modelos culturales diferentes que llegan a la isla con el turismo y que la familia debe tener en cuenta, al menos como referente, para la educación de sus hijos.

Los problemas materiales que surgen o se acrecientan en esta etapa, producen cambios en el estilo de vida de toda la población y por tanto, generan tensiones que de una u otra forma se canalizan y expresan en la familia. El aumento creciente, en relación con las décadas pasadas de las tareas domésticas, de su complejidad y del tiempo que requiere ejecutarlas, hace que este grupo jerarquice la función económica, en detrimento de otras funciones que todos los estudiosos coinciden también cumple la familia: la de reproducción biológica, la cultural-espiritual, y la educativa. La urgencia de satisfacer las necesidades materiales hace que en el hogar las tareas domésticas se

complejicen y que recaiga sobre la mujer la carga cotidiana. Si ésta es trabajadora, naturalmente la sobrecarga es mayor.

De esta forma, la influencia para la familia del llamado “Período Especial” pasa por los problemas materiales, pero se refleja en la subjetividad grupal e individual de diferente manera, según las condiciones socioeconómicas, composición y etapa del ciclo familiar en la que se encuentre cada familia. A su vez, las influencias tendrán diferentes expresiones en los diferentes planos de análisis social.

La merma en la construcción de viviendas y en el arreglo de las existentes, brinda menores opciones a las parejas jóvenes de vivir independientes; las obliga a formar parte de familias extendidas, aumenta los riesgos de promiscuidad y empeora sus condiciones de vida. El tamaño promedio de los núcleos familiares ha mantenido su disminución en nuestro país, y han aumentado en esta década los núcleos entre 1 y 3 personas. No han disminuido, sin embargo, las familias extendidas pero sí las nucleares, mientras se registra el crecimiento de las compuestas y unipersonales. Ello indica que la disminución progresiva del número promedio de miembros en nuestro país, en esta década, está determinada por el aumento de hogares de un solo miembro al que se le pueden unir otros que no son familiares. (Benítez, M^a E., 1997)

La convivencia entre generaciones diferentes plantea la posibilidad de aumentar los conflictos al interior del grupo familiar o de generar estrés, que conducen a la disolución de vínculos afectivos, a aumentar la divorcialidad - ya alta en nuestro país -, y a crear dinámicas de convivencia grupal extremadamente complejas y, en ocasiones, disarmónicas. Al mismo tiempo la vida con la generación de los abuelos – o de éstos con la generación de sus nietos – puede producir satisfacción y beneficio mutuo. Ambos fenómenos pueden coexistir en el marco de la familia, la tendencia hacia el polo más positivo, conducente al fortalecimiento familiar, dependerá en gran medida de cuán favorables sean las bases de las relaciones interpersonales establecidas en el período anterior a la crisis.

La disminución del consumo de bienes y servicios implica un crecimiento de las contradicciones entre las necesidades individuales y sociales, y exige un nivel de readecuación del consumo, a la par que genera insatisfacciones de diverso tipo y magnitud. El impacto de esta disminución ha sido diferente para las familias que poseían altos niveles de ingresos al inicio de esta etapa y que no encontraron fuentes alternativas para mantenerlas, y para aquellas familias que ya poseían débiles posibilidades de consumo que no cambiaron en esta etapa. Aunque todos sintieron las pérdidas, los primeros sufrieron una disminución mucho más radical, por contraste, a pesar de los esfuerzos que hizo y hace el Estado para garantizar las condiciones mínimas de subsistencia a toda la población sin distinción alguna, priorizando siempre a la más necesitada: niños, ancianos, mujeres embarazadas y personas con enfermedades crónicas.

Las carencias vitamínicas y proteicas generan o facilitan la incidencia de enfermedades y patologías, impiden el desarrollo de una buena cultura alimentaria y no posibilitan dietas adecuadas para cada etapa del desarrollo. En la familia, la distribución de los alimentos prioriza a niños y ancianos en detrimento de otros miembros –generalmente los adultos trabajadores- y hace de la alimentación el aspecto más importante de la vida familiar, tanto por el gasto económico que exige, como por las tensiones que desata. Se recurre, y por lo tanto se fomenta, el “mercado negro”, y se justifican –explícita o implícitamente- las desviaciones de recursos materiales, con el inevitable daño a valores morales y a la economía interna del país.

Las carencias materiales –alimentarias, de ropa y calzado, de combustible, etc.- generan también, sin embargo, solidaridad entre familiares, vecinos y amigos, agudizan la creatividad en la solución de los problemas cotidianos, y pueden hacer que la familia se convierta en “unidad productiva” como estrategia de enfrentamiento a las necesidades económicas.

Las dificultades de transportación han traído soluciones basadas en el uso de medios no tradicionales como la bicicleta y el apoyo solidario de los transportistas que circulan, aunque estas soluciones no son asequibles a toda la población –ancianos fundamentalmente- ni a todas las familias, y exigen esfuerzos personales y gastos – físicos y monetarios- adicionales. Implican, además, limitaciones en el contacto “cara a cara” entre amigos y familiares, y menor acceso a oportunidades de recreación o culturales para una buena parte de la población. La disminución de espacios culturales y recreativos fuera del hogar, concentra aún más, en esta década, las alternativas de disfrute en ver T.V. y en el descanso pasivo en todas las edades, disminuyendo así la estimulación cultural necesaria para las nuevas generaciones y las vivencias positivas que en todos genera el uso productivo del tiempo libre. Se limitan, de esa forma, los espacios deseables para compartir experiencias y vivencias desarrolladoras en lo personal y en lo grupal.

En la atención médico asistencial se han realizado esfuerzos extraordinarios para mantener los índices de servicios alcanzados en la década anterior y para consolidar y elevar los indicadores sociales de salud. El índice de mortalidad infantil ha descendido a 7,1 defunciones por cada mil nacidos vivos en 1988; todos los niños menores de dos años están vacunados contra doce enfermedades transmisibles, y han disminuido las muertes maternas.

Aunque la atención médica siempre ha estado garantizada y mantiene su gratuidad – algo que aún es un sueño para muchos países con un mayor desarrollo económico que el nuestro- la carencia de medicamentos y de equipos médicos que no pueden llegar al país por los efectos del bloqueo económico impuesto a la isla, limitan las vías de solución de algunas enfermedades, y exigen a los profesionales de la medicina el uso de fuentes alternativas. Para la familia cubana, que siempre se ha puesto a prueba ante un familiar enfermo, los problemas en la atención hospitalaria y médica en general, son fuente de estrés y plantean nuevas exigencias materiales que antes asumía el Estado,

fundamentalmente en lo referido a la ropa y la alimentación adecuadas en los casos de ingresos hospitalarios, y en los medios de limpieza e higiene personal y doméstica cotidianos, a solucionar en el mercado de divisas. La búsqueda de los medicamentos necesarios, cuando no se encuentran en existencia en las farmacias, puede convertirse en una tarea priorizada que involucra a familiares y amigos.

La limitación de los servicios de apoyo al hogar ha producido una sobrecarga inevitable sobre la familia, y esencialmente sobre la mujer. El costo de muchos servicios ha aumentado extraordinariamente; en muchos casos por depender de particulares que lo brindan, pero en otros por la necesaria política de precios implantada por el Estado. La desaparición o contracción de algunos servicios que se habían logrado establecer, sobre todo para la mujer trabajadora, como el lavado de ropa, las limitaciones de matrícula en los círculos infantiles, y el arreglo de útiles domésticos, ha complejizado la cotidianeidad hogareña y centrado el papel de “ama de casa” en la mujer, que posee – o debe poseer en el enfoque tradicional de género- las habilidades necesarias para optimizar el trabajo doméstico. Se comprueba que la colaboración de los miembros masculinos y de los menores, se asigna, fundamentalmente, a las tareas fuera del hogar, reforzando la concepción sexista, e impidiendo, al interior de la familia, el desarrollo de nuevas concepciones de los roles de género.

Estos y otros problemas materiales no han impedido la evolución positiva de parámetros sociales deseables. Han disminuido los embarazos en la adolescencia; entre 1985 y 1996 la fecundidad adolescente medida a partir del total de mujeres de 12 a 19 años descendió de 57.1 por mil a 33.3, es decir casi 24 puntos, valor que puede considerarse significativo (ONE, 1999). Han mejorado otros indicadores de salud –ya mencionados- ; la escolarización de niños y jóvenes ha continuado y el derecho a la salud sigue siendo una realidad para todos los grupos poblacionales.

Al interior de la familia, las contradicciones entre las necesidades grupales y las sociales, y entre éstas y las de cada integrante, se agudizan en los momentos de cambio o de crisis generadas en el seno familiar o en la sociedad. Por otra parte, cada familia refracta los cambios y soluciona las dificultades con diferentes “recursos” materiales y psicológicos. Considerando todas las posibles diferencias, los investigadores coinciden al apuntar varias dificultades relacionales y educativas que atender, en general, en este grupo; todas derivadas de problemas ya apuntados en la década anterior: (Álvarez, M. 1996).

- Problemas en la comunicación interpersonal en el grupo familiar que se expresan en dificultades en los contenidos y en las vías seleccionadas para el intercambio de mensajes. Así, se ha podido comprobar que no siempre se abordan temas importantes para la mejor comprensión entre los miembros, que los mensajes son mayormente regulativos y en pocas ocasiones afectivos, que se sabe escuchar poco a los demás y que se generan pocas oportunidades de diálogo entre los miembros en la cotidianidad hogareña.
- Dificultades en la convivencia expresadas en: falta de límites en el respeto y autoridad a los adultos, y de éstos hacia los más jóvenes; manifestaciones de agresividad, distanciamiento entre miembros; falta de habilidades en la identificación y solución constructiva de los conflictos; carencia de ayuda mutua, y falta de unidad grupal para la elaboración de “planes de vida” que involucren a todos los integrantes. En las condiciones actuales, la crisis económica y su reflejo en lo social, generan cierto nivel de incertidumbre reflejado en los proyectos familiares que se construyen, más caracterizados por su inmediatez, e incluso elaborados en función de objetivos de sobrevivencia que pueden estar alejados del proyecto social.
- Modificación de valores como el trabajo y el estudio, y dificultades en la formación de determinados valores ético - morales y de la espiritualidad. Aunque se refuerza la estabilidad de valores referidos a la unidad grupal de la familia, ello ocurre, en

ocasiones, transgrediendo normas sociales. Por otra parte, la familia no estuvo preparada para los rápidos cambios que en estos años de Revolución se produjeron en valores como la sexualidad, el matrimonio, los roles de género y el respeto, sin que claramente fueran definidos sus nuevos contenidos; ello generó inseguridades y contradicciones en el desempeño de los roles al interior de la familia, cuya solución requiere un nivel de orientación social a este grupo.

- Deficiencias educativas expresadas en el uso de métodos y procedimientos formativos inadecuados para los sujetos a quienes van dirigidas estas acciones, y en el poco tiempo dedicado a los hijos. Los padres desconocen las exigencias y posibilidades de las diferentes etapas del desarrollo psíquico de sus hijos y carecen de recursos para contribuir a formar su personalidad. El ejemplo personal, en muchos casos, contradice los mensajes o normas que pretenden mostrar, o educa en patrones sociales insatisfactorios, transmitiendo normas y valores que contradicen al proyecto social.
- Poca orientación y preparación de los jóvenes para la relación de pareja y para la vida familiar, expresada en dificultades en la selección de la pareja, en la representación idealizada que poseen del matrimonio, en la falta de reflexión de la significación del proyecto de vida en común que emprenden, y la falta de recursos para la solución de los conflictos constructivamente.

En la década aumentó la nupcialidad progresivamente hasta alcanzar su tasa más alta en 1992: 17.7 matrimonios por cada 1000 habitantes. Esta tasa que superó la más alta alcanzada en la historia del país en 1970 (13.5 por 1000 habitantes), refleja un momento coyuntural y no una tendencia.

No solamente se reflejan en la familia los efectos de la crisis económica; ésta evoluciona como resultado natural de su propio desarrollo. Las contradicciones entre intereses individuales y grupales, y entre éstos y los de la sociedad, no siempre dan lugar a crisis desintegradoras. En su mayoría la búsqueda de equilibrio y de adaptación

a la realidad cambiante lleva a la transformación estructural, funcional, o a ambas, en cada grupo familiar.

En la década aumentó la nupcialidad hasta alcanzar su tasa más alta en 1992: 17.7 matrimonios por cada mil habitantes. Esta tasa, que superó la más

De esa forma, en la familia se reflejan los efectos de la rápida transición demográfica de nuestro país, de la evolución de concepciones sociales tales como: sexualidad, libertad, democracia, papel de la mujer, y significado del matrimonio, entre otras. Esta evolución de la familia, en su relación dialéctica, determina también las peculiaridades del desarrollo social. Analizando estas influencias recíprocas, sería necesario detenernos en las problemáticas que plantea a la familia los cambios demográficos sucedidos en nuestro país.

El envejecimiento poblacional, para muchos el principal problema demográfico que enfrentamos, trae aparejado el aumento probable de hogares de ancianos solos y de familias extendidas con la convivencia de hasta cuatro generaciones, considerando la elevación de nuestras expectativas de vida hasta los 75 años. Independientemente de lo que exigirá en gastos especializados de seguridad y asistencia sociales, y médico - asistenciales, el mayor reto que plantea a lo social que los adultos mayores - el 13% de nuestra población actual- se duplique en los próximos 25 años, lo constituye la incorporación activa de esa fuerza al desarrollo social y a su desarrollo personal, considerando las condiciones de un país que carece de los niveles de riqueza económica alcanzados por otros países con similares proporciones de adultos de la tercera edad.

Ello no significa impedir el retiro laboral o el descanso merecido de ciertas actividades, que se disfruta después de una vida de trabajo; significa abrir nuevos espacios, brindar oportunidades diferenciadas y sobre todo, plantear nuevas metas para la última etapa de la vida. Esto constituye una necesidad para toda la sociedad, pero tiene en la familia una forma peculiar de expresión.

Aunque estos problemas no han sido suficientemente abordados en las investigaciones, hasta donde hemos podido avanzar (Durán, A. y E. Chávez; 1997) se demuestra que los espacios sociales para los mayores están muy reducidos, incluso a nivel comunitario. La vida de nuestros ancianos transcurre generalmente en solitario aunque vivan rodeados de personas, reducida al espacio y tareas domésticos, con mínimas oportunidades de recreación que se circunscriben a ver televisión y a descansar pasivamente (“descansar si hacer nada” en palabras de los entrevistados), sin planes de vida individuales –salvo “ir tirando”- ni incorporación a los planes familiares. También se encuentran dificultades en la comunicación interpersonal con los mayores en las familias en las que conviven, sobre todo cuando viven en solitario con la generación de los nietos, o con las figuras de nueras y yernos.

La casi totalidad de los ancianos entrevistados sólo encuentra apoyo a sus necesidades en sus familiares, y en alguna medida en los vecinos; la mayoría se siente insatisfecho con la ayuda que le brindan instituciones y organizaciones sociales, y solo les parece que el Médico de Familia les brinda alguna atención a este nivel. Considerando la vulnerabilidad individual y social de estas edades, resulta doblemente importante la preparación de toda la sociedad para enfrentar el envejecimiento poblacional, pero sobre todo de la familia para comprender a los mayores, para incorporarlos constructivamente a la vida familiar y social, para atender sus necesidades específicas y para lograr, en su convivencia cotidiana la organización más satisfactoria y las negociaciones necesarias que permitan el desarrollo armónico de todos los miembros y del grupo familiar como unidad. En resumen, lograr la preparación de todos para que los mayores actuales y los del futuro puedan vivir una vejez digna y creadora que compense las consecuencias sociales negativas que el envejecimiento poblacional, en las condiciones de un país pobre, acarrea.

Muy ligado al envejecimiento poblacional, - realmente su causa fundamental- está la disminución continua de la natalidad en nuestro país. La tasa de natalidad actual no sobrepasa los 13,8 nacimientos por cada mil habitantes, y la tasa bruta de reproducción sólo alcanza a 0,77 hijas por mujer. Sin analizar todas las consecuencias que este bajo crecimiento poblacional puede traer para el país, es necesario detenernos en lo que ello significa para la composición y dinámicas familiares. Si a los pocos nacimientos actuales sumamos la alta divorcialidad y los rematrimonios, podemos presuponer que muchos niños se educarán con padres sustitutos, en distintos hogares que pueden establecer estilos de educación contradictorios, y propiciar resultados indeseables en la socialización de los más jóvenes.

La baja cantidad de nacimientos en cada pareja plantea además varias interrogantes sobre las generaciones actuales y futuras de “hijos únicos”: ¿cómo evitar el individualismo en la educación hogareña o cómo compensarlo en una sociedad que apunta a proyectos y valores colectivos?, ¿quién “cuidará” a los futuros ancianos?, y ¿cómo garantizar el reemplazo de fuerza de trabajo joven en tareas económicas necesarias?.

En esta década preñada de dificultades para la vida familiar, se mantiene además como reto central la necesidad de concientizar, en las políticas sociales, el papel de la familia como agente activo del desarrollo social, como la célula en la que se crea y consolida la democracia social, donde se solucionan o atenúan las crisis sociales, y donde la mayoría de los ciudadanos –y fundamentalmente los de menor y los de mayor edad- encuentran apoyo, afecto, conocimientos, y sobre todo, seguridad.

Algunos pretenden afirmar que la familia como institución está en crisis, considerando como tal la desintegración de este grupo social por las pérdidas en valores y tradiciones familiares. En todas nuestras investigaciones, de una u otra forma, los sujetos de todas las edades y grupos sociales, reconocen y destacan el papel de la familia en la cotidianeidad y su importancia como elemento medular en sus proyectos de vida

futura. En consecuencia, podemos afirmar que la familia, en nuestro país, evoluciona, pero sigue siendo el primer recurso y el último refugio para la mayoría de sus miembros.

Si bien a lo largo de la década pueden identificarse los años 1992 y 1993 como los más difíciles y en los que la economía nacional tocó fondo, es posible identificar una cierta recuperación económica a través de indicadores a nivel macro. Téngase en cuenta el crecimiento del 6,2 % alcanzado en el Producto Interno Bruto cubano durante 1999.

No obstante, a nivel de la vida cotidiana de las familias, no son percibidos efectos favorables generados por esta recuperación económica. Debe tenerse en cuenta el referente de estabilidad de los años 80, en el que las condiciones económicas eran radicalmente diferentes y al que no es posible volver, a mi juicio afortunadamente. A la sociedad cubana se le impone el necesario desarrollo tecnológico, para sostener con su propia producción y recursos los principios de justicia social que guían el proyecto.

FUTURO PROXIMO:

El mayor reto para la sociedad cubana radica justamente en la última idea que acabamos de apuntar: pretender el desarrollo económico de la isla en un marco de condiciones adversas para la inserción del país en el comercio internacional.

En lo interno, para la próxima década, los efectos económicos y sociales del acelerado envejecimiento poblacional imponen la necesidad de garantizar la plena incorporación de los mayores a la vida social y familiar, sin descuidar la atención a los demás grupos etáreos, en condiciones de país subdesarrollado.

Por otra parte las estrategias familiares de enfrentamiento a la crisis, desplegadas en los 90, implican la instauración de modos de comportamiento individual y grupal (algunos muy favorables y otros no tanto) que son difíciles de modificar en cortos períodos de tiempo.

Sin embargo, el hecho de atravesar la década con tantas dificultades de diverso orden, ha posibilitado un alto nivel de potenciación de las reservas socializadoras de la familia. Hasta finales de los 80 se desarrolló en el país una estrategia relacionada con el estado como protector de la familia cubana, asumiendo centralizadamente la satisfacción de disímiles necesidades de socialización de las nuevas generaciones. Con la crisis de los 90, el estado no tiene posibilidades de cubrir la amplia gama de necesidades que antes satisfacía y emerge la familia con un protagonismo social muy fuerte que trae al escenario social todas sus reservas y potencialidades. En mi consideración, los 90 marcan el inicio de un proceso protagónico para la familia cubana que puede multiplicarse a partir del fortalecimiento de las redes comunitarias. En ningún caso podría pensarse en el protagonismo de un monólogo social para la familia, sino en sinergia con otras instituciones sociales que apoyen el despliegue de dichas potencialidades. El primer paso ha sido la demostración práctica de haber resistido a una crisis económica que podría haber provocado la explosión y la fragmentación social en cualquier país.

A los especialistas de las Ciencias Sociales les corresponde acompañar este proceso protagónico para la familia cubana, no solo desde el diagnóstico certero, sino también desde la predicción, la propuesta de recomendaciones para la elaboración de una política social especialmente dirigida a los tipos de familias que conviven en la sociedad cubana y la propia intervención en la práctica social .

Bibliografía

1. Alfonso, Juan Carlos, y otros: **Escenarios económicos y sociales hasta el año 2000. Problemas de población. Análisis y Recomendaciones. Tendencias recientes y perspectivas de la población de Cuba y su interrelación con el desarrollo económico y social.** ONE. Ciudad de la Habana. 1996.
2. Álvarez Suárez, Mayda y otros: **La familia cubana. Cambios, actualidad y retos.** Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. La Habana, 1996.
3. Benítez, M^a Elena y Luisa Álvarez Vázquez: **La familia cubana actual y el efecto de las condiciones sociales y laborales.** (Ponencia presentada en la IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia, Cartagena de Indias, Colombia). Universidad Externado de Colombia, 1997.
4. CEE: **Censo de Población y Viviendas.** La Habana. 1985. Vol. 16.
5. ____: **Encuesta Nacional de Fecundidad.** Editora Estadística. Ciudad de la Habana. 1991.
6. CIPS-CEDEM: **Caracterización de algunas tendencias en la formación de parejas y familias en la población joven”.** Ciudad de la Habana. 1989.
7. Colectivo de autores: **Posibles impactos del Período Especial en la familia cubana.** Departamento de Estudios sobre Familia, CIPS, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. La Habana. 1992.
8. Comité Estatal de Estadísticas: **Censo de Población y viviendas, 1981. República de Cuba. Volumen 16.** Ministerio de Cultura, Ciudad de La Habana, 1984.
9. Chávez Negrín, Ernesto: **Transformaciones demográficas, cambios en la familia y niveles de salud en Cuba.** (Ponencia presentada en la XVI Conferencia

Mundial de Promoción de la Salud y Educación para la Salud. San Juan, Puerto Rico, junio de 1998.)

10. Departamento de Estudios sobre Familia. CIPS: **Análisis de las investigaciones sobre la familia cubana 1970-1989**. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1990.

11. _____: **La familia cubana. Situación actual y proposiciones para su fortalecimiento**. La Habana, 1996.

12. Díaz Tenorio, Mareelén: **Uniones Consensuales en Cuba**. Colección Pinos Nuevos Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 1994.

13. Durán, Alberta y Ernesto Chávez: **La tercera edad en Cuba. Un acercamiento sociodemográfico y sociopsicológico**. CIPS. La Habana, 1997.

14. Pérez Izquierdo, Victoria: **Tipología familiar por territorios**. (La Habana), 1992.

15. Puñales, Alicia: **Las relaciones de pareja a través de las investigaciones**. En: "Acerca de la familia cubana actual". Editorial Academia. La Habana, 1993.

16. Reza Moreira, Inés y otros: **La familia en el ejercicio de sus funciones**. Editorial Pueblo y Educación. Ciudad de la Habana. 1996.

17. Rodríguez, José Luis: **Discurso pronunciado en el IV período ordinario de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular**. Diciembre, 1999.